

NO LE BUSQUES TRES PIES AL GATO

Ocurrió una mañana de marzo. Uno de esos días en el que el gris de las nubes se expande a todo aquello a lo que alcanza la vista. La pequeña urbanización se llenó en un abrir y cerrar de ojos de policías, con sus respectivos coches. Aquellos que no se encontraban consternados ante la aparición de los cuerpos calcinados de sus compañeros, se esforzaban por contener a la masa de vecinos que se apilaba en la entrada de la casa, o lo que quedaba de ella. Haciéndose paso entre ellos, avanzaba un discreto y algo anticuado coche negro. En él viajaba el inspector Benavides, un hombre de unos cincuenta años, de rostro cansado, pero de rasgos serenos, calculadores; seguido por dos de sus ayudantes, un hombre y una mujer, ambos rozando la treintena y con una expresión artificial, ensayada. Probablemente era el primer caso que les era asignado y cobraba tal magnitud. El inspector avanzó con paso decidido hacia la entrada de la vivienda, para luego continuar hacia los hombres uniformados, que con las manos sobre sus caderas y con gesto de consternación, se agachaban con frecuencia para inspeccionar el escenario del crimen. Benavides valoró por un instante darle una palmada afable en la espalda a uno de los agentes, que sentado sobre un trozo de escombros, ocultaba su cara entre sus manos, sin embargo, haciendo honor a la fama otorgada por el resto del cuerpo, continuó hacia delante, imperturbable.

Junto a las 8 bolsas de un blanco opaco que contenían los cuerpos, una mujer de rostro maduro y con la vestimenta adecuada para alguien dedicado al campo de la medicina, examinaba con una mirada atenta, no los cuerpos, sino una caja de cartón, cuyo contenido era desconocido para el inspector, quien, al llegar junto a ella le preguntó acerca de la identidad de las víctimas. La doctora, respondió de forma segura y fría que se trataba, tal y como sospechaban de los seis miembros de la patrulla que se había dirigido a la casa tan solo unas horas antes, en busca del inspector González, quien se encontraba entre las víctimas. El octavo cuerpo, en un

estado más avanzado de descomposición correspondía al vecino cuya desaparición había sido denunciada algunos días antes. Su caso había sido asignado al inspector González.

—Ya le hemos dado la noticia a la familia, Raquel está con ellos— puntualizó la doctora dirigiéndose al detective, quien de una forma brusca molestó a su compañera, preguntando por el paradero del dueño de la casa.

—Lo están buscando desde que llegamos— puntualizó la doctora. No habían tardado en ponerse manos a la obra en los operativos de búsqueda, pues los cuerpos ya estaban prácticamente desenterrados cuando llegaron, debido a la acción del equipo enviado esa mañana. Su compañera continuó informándole de la situación. El equipo había tenido tiempo suficiente tiempo para desenterrar e identificar los cuerpos. Después debían de haber entrado en la casa, donde la existencia de restos de una bombona indicaban una posible manipulación, causando la explosión que había alertado a los vecinos.

—González ya estaba muerto, por eso su cuerpo no está calcinado, porque estaba enterrado y no en la casa en el momento de la explosión. Debió de matarle cuando fue a investigar el caso del vecino desaparecido. Todo le apunta a él, no hay duda. Pero— añadió mientras se incorporaba— nadie lo ha visto salir. Espero que lo encuentren— añadió tras una pausa.

El inspector no conocía demasiado bien al equipo de investigadores que había acudido a la casa. Eran todos muy jóvenes, y sin duda este dato acapararía los titulares de los periódicos más sensacionalistas. Sintió pena por las familias. A lo largo de su carrera había conocido numerosas escenas de desolación y de alguna manera tenía interiorizadas ese tipo de situaciones, pero no pudo evitar sentir lástima. Sin embargo, sí conocía a González. Habían compartido una docena de casos. Con sus correspondientes logros y derrotas a la hora de buscar un culpable. “Es el cuarto, ya” pensó recordando a todos los compañeros que había perdido a lo largo de su vida. Y todas las veces, sin excepción, había sentido una sensación de profundo vacío. Como si no fuera realmente consciente de la

muerte que lo rodeaba hasta entonces. Despegó su vista y la dirigió a la mujer con bata blanca que lo observaba con gesto compasivo.

—El dueño de la casa se llama Andrés Galán. Es... es...— continuó alejando su mirada maternal del inspector, que entornó los ojos al oír el nombre del culpable.—Es todo lo contrario al prototipo de criminal—añadió.—Da clases en la universidad, y ha escrito incluso un libro sobre cómo controlar cualquier reacción perjudicial para el resto— al decir esto último, esbozó una sonrisa sarcástica, pero al cruzarse con la mirada de su superior se acalló.

—Hemos interrogado a los vecinos—prosiguió— nadie sabe nada sobre su paradero. Sus padres están muertos, y no tiene ni mujer ni hijos. Todo el mundo dice que era el ser más tranquilo y amable del mundo, pero cuando hemos preguntado por posibles amistades o círculos en los que pudiese moverse, nadie ha sabido decirnos nada. Es el típico caso de “creo que conozco a mi vecino y no tengo ni idea”— dijo con un tono de voz punzante— ¡incluso una señora lo ha defendido! No sé qué de que no sería capaz de hacerle ni daño a una mosca.—hizo una pausa y prosiguió— He de reconocer que no sabía si pensar en la hipótesis de que él también estuviese entre las víctimas, carbonizado— tragó saliva—o que se tratase de un auténtico psicópata. Siempre contento, siempre de buen humor. Nunca elevaba el tono de voz y todo lo hacía con una sonrisa. Pero salí de dudas por completo cuando encontré una caja, que también habían desenterrado los del equipo. Mira, me resulta increíble lo de los vecinos, de verdad. Coge un pañuelo— dijo mientras se dirigía hacia donde había depositado la caja. La abrió, y le mostró su interior al atónito inspector. Dentro, se apilaban los cadáveres de unos cuatro gatos pequeños, recién nacidos. Inmediatamente, el inspector sacó el pañuelo, como le había recomendado la doctora y lo puso sobre su nariz. El olor era insoportable.

—Qué canalla— murmuró. Su compañera le correspondió asintiendo enérgicamente.

—Tenía una gata, pero no está. Tú ya sabes que yo tengo animales en casa y si estaba tan unido a ella como me contó una de esas señoras, se la habría llevado si se hubiese ido— meditó durante un rato y agregó— Bueno, la verdad es que no sé qué pensar —se alejó ella en dirección al resto del equipo encargado de la autopsia.

Acto seguido, Benavides se giró y comenzó a dar órdenes a sus ayudantes, cuando de pronto un chaval, posiblemente de una de las últimas promociones, apareció en escena apresurado. Era más joven que sus ayudantes, eso seguro, pues su rostro no parecía ni mucho menos ensayado o artificial. La espontaneidad y sorpresa del momento se reflejaba en su rostro en forma de mueca.

—¡Lo encontramos! ¡Aquí!— gritó. Benavides le siguió, junto con el resto del personal, que a diferencia de los encargados en el análisis de la escena del crimen, permanecía inactivo y deseoso de poder ayudar.

Lo encontraron al final de la urbanización, que daba a un bosque. Colgaba de un árbol. En una zona en la que el agua del río junto con las lluvias abundantes propias de los inviernos anteriores, había cavado una especie de saliente, que careciendo de hierba o más vegetación que la de un árbol, se había convertido en un terreno fangoso. “Ni rastro del gato” pensó irónico y sorprendido de sí mismo el inspector. Dio comienzo a continuación un flujo de policías en la zona, redactando informes, retirando el cadáver y asegurando el perímetro contra las miradas curiosas de los vecinos que pudiese acarrear la concentración repentina.

Durante una de estas idas y venidas, el joven policía que había avisado de la aparición del cadáver del supuesto homicida, se acercó hasta el inspector, y levantando su brazo, en un gesto que a Benavides le pareció lento y pesado, le mostró una carta cubierta de fango y mojada.

—Acabo de encontrarla señor... en... en su bolsillo. No sé.... No sé si tengo que entregársela a usted, o... o se la doy a Álvarez o...

—Gracias— dijo el inspector después de ponerse un par de guantes y prácticamente arrancarle la carta de sus manos. La verdad, es que no pensaba encontrarse una carta de suicidio. Pero no le costó imaginarse a un desesperado Andrés Galán, obsesionado con limpiar su imagen, que intentaba disculpar sus atroces actos. La desdobló y leyó.

“Lo lamento. No sé por qué lo hice, pero me arrepiento. Siempre he sido muy buena persona. He ayudado a los demás, siempre que he podido. Echo de menos a mi madre, siempre tan orgullosa de mí, porque siempre ayudaba al resto. Yo, no los otros niños. Y si ella fue mala conmigo le perdono. Porque ella me quería. Porque yo era buena persona. Su niño bueno, ella siempre lo dijo, siempre tan orgullosa de mí. Y si yo puedo perdonarla, también pueden perdonarme a mí. Lo siento mucho. Yo también quería mucho a mi gata. Nunca me gustó discutir. Lo odiaba. Era mi única amiga. No los perros, los perros gritan demasiado. No me gustan los gritos, yo soy una persona pacífica, soy una buena persona. Y si los enterré es porque me dijeron que sería rápido. Pero los maullidos, dios, los oía todas las noches. Odio los gritos, soy una buena persona, mi mamá me quería porque era buena persona. Y él me dijo que lo hacía siempre, que era rápido, pero no funcionó. Y yo los oía. Todas las noches. Y él me dijo que no me creía, que era rápido, pero no funcionó. Y lo odiaba tanto. Odiaba que lo supiera. Yo soy una buena persona. Y yo odiaba como me miraba la gata, como me miraba mamá, porque la gata también era mamá, y no era justo, y lo maté. Y ese inspector no tendría que haber venido. Y otra vez la mirada, porque todo el mundo me mira así. Mi mamá, la gata, y ahora él. Y la mantuvo hasta el final, incluso cuando se tomó el café, incluso cuando todo acabó. Pero dos cuerpos, y los pobres gatitos, y yo soy bueno, soy una buena persona. Y quería morir. Quería morir en mi casa, en casa de mamá. Pero vinieron más como él. Y volvieron a mirarme. Y tenían un perro. No me gustan los perros. Hacen ruido. Y yo estaba en casa. Y no soportaba que lo supieran, y lo odiaba por decir que sería rápido y por decirme que no pasaría nada. Y odiaba al otro por buscarle. Y yo sabía que

después vendrían más. Mamá siempre me dijo que tuviera cuidado con el gas, pero ya la había desobedecido muchas veces, estaba dispuesto a asumir que me pegase, así que lo abrí. Y ellos entraron, y me miraron, y yo escapé, porque no lo soporto. Tenían un perro. Gritaban mucho. Y corrí. Y él no debió disparar. Todo el mundo lo sabe. Mamá siempre dijo que tuviera cuidado con el gas y el fuego, y si viese su casa me gritaría. Hizo mucho ruido. Y mis oídos dolían. Pero aún oía los maullidos. Todo es culpa de la gata. Todo es su culpa. Su mirada. Porque no tendría que haberme mirado así, como el resto. Porque soy una buena persona, y espero que me perdone. Soy una buena persona.

El detective depositó la carta dentro de una bolsa de plástico. Pensó en González. Pensó en aquellos frágiles gatitos, y en la aún mayor fragilidad de la mente psicópata de Galán. No fue hasta más tarde, cuando subido en su discreto y anticuado coche, juró haber visto un gato al borde de la carretera. De color miel, y con una pata doblada sobre su abdomen, en un gesto de dolor. Por un momento sus miradas se cruzaron y sintió un tremendo escalofrío. En la lejanía le pareció escuchar unos pequeños maullidos.